

CONQUISTADORES INDÍGENAS: PLANTEAMIENTOS TÁCTICOS Y ARMAMENTO DURANTE LA CONQUISTA DE MÉXICO

Marco Antonio CERVERA OBREGÓN¹

RESUMEN

Durante años se ha promovido la idea de que un reducido número de hispanos, fuertemente armado había derrotado militarmente a todo un imperio americano, el Imperio Mexica. Parte de esta visión estaba basada en la misma historiografía de la época, sobre todo de la mano del mismo Hernán Cortés, quien a través de su obra nos presenta una épica empresa militar enaltecendo evidentemente casi exclusivamente a los hispanos. Sin embargo, leyendo detenidamente las fuentes, vemos que en varias ocasiones los conquistadores realmente hablan de un trabajo en conjunto con los aliados indígenas. En este trabajo se pretende conocer cuál fue el papel de los aliados indígenas durante los enfrentamientos bélicos, transformándose realmente en una campaña militar mutua, de conjunto con un único fin. Derrocar al imperio mexica.

PALABRAS CLAVE: conquista de México, indígenas, Cortés, historia militar.

¹ Universidad Anáhuac, México.

ABSTRACT

For years, the idea has been fostered that a reduced number of Spaniards, heavily armed, had beaten militarily a whole American empire, the Mexica Empire. This vision was partially based on the contemporary historiography, mainly due to Hernan Cortes, who in his work presents us with an epic military enterprise, praising, logically, almost exclusively the Spaniards. Nevertheless, a careful reading of the sources shows the fact that in several occasions the “conquistadores” really mention a joint work with the indigenous allied. In this work, we try to find out which was the role played by the indigenous allied during the clashes, what made a mutual military campaign, joint with a single objective: to rout the Mexica Empire.

KEY WORDS: Conquest of Mexico, indigenous, Cortes, military History.

* * * * *

Introducción²

Originalmente el presente trabajo estaba enfocado solamente al estudio del armamento hispano y su función en los campos de batalla durante la conquista de México de manos de los conquistadores hispanos; sin embargo, hoy en día gracias a las diversas discusiones y análisis llevado por los diversos especialistas, los lineamientos de investigación han dado un giro importante y es por ello que consideré pertinente dedicar el siguiente trabajo, no solamente al arsenal hispano sino en realidad a todo lo que implicaba el contingente de tropas hispano-indígena de Cortés.

En referencia a los sucesos bélicos desarrollados en todo el proceso de campañas que los hispanos desarrollaron en la entonces Mesoamérica, por lo menos desde el año 1519, tenemos la idea de que solo un puñado de españoles, con una superioridad tecnológica, lograron derrotar a todo un imperio, en este caso el Imperio azteca o mexica, como se le denomina. Hoy sabemos y como ya lo habían hecho notar autores como Mathew Restall

² Agradezco a los asistentes de investigación, Juan Pablo Sarmiento, Enrique Torres y César Linares por el apoyo brindado para la generación de este trabajo, sobre todo en el análisis y búsqueda informativa del número de efectivos.

(Restall, 2004: 81), Federico Navarrete (Navarrete, 2019: 89), entre otros, que un componente sustancial de toda la empresa hispana de conquista fue el mundo indígena.

Por este motivo el siguiente trabajo se enfocará en conocer los sistemas de armamento y planteamiento tácticos que los indígenas junto con los hispanos llevaron a cabo a lo largo de las batallas, en el entendido que ya no podemos seguir solo hablando de una empresa bélica de tal magnitud de la mano únicamente de los efectivos hispanos.

En pleno 2020, los mexicanos estamos replanteando la idea de la conquista de México representa para nosotros, y en términos académicos poco a poco en el imaginario colectivo estamos insistiendo en que la conquista de México no fue hecha por los españoles, sino que el mundo indígena fue realmente el verdadero protagonista de la historia.

Desde esa perspectiva sabemos que los diversos grupos indígenas que se fueron aliando a la campaña hispana y no solo tlaxcaltecas como normalmente se piensa, desempeñaron muchas funciones para que realmente dicha campaña tuviera su principal éxito, la caída del imperio de Moctezuma.

Cuando se discuten, realmente muy poco, las campañas militares que se desarrollaron desde el arribo de los españoles, vemos que en la historiografía hispana las victorias y desarrollo de los componentes bélicos, son solo expresados a través de lo que el mismo Cortés quiere que se sepa, es decir, que dichos operativos militares se lograron solo por los españoles y las victorias son atribuibles, solo a los españoles, eliminando o haciendo invisible el componente indígena que sin duda tuvo un papel sustancial.

El presente trabajo tratará de escudriñar en las fuentes escritas, con el fin de conocer cuál fue el papel de los grupos indígenas en los operativos militares de los españoles, con la intención de sacarlos del anonimato y reconocer su labor como dice Navarrete de “indios conquistadores”, incluyendo su arsenal, así como la coordinación que de ello tuvieron con las huestes españolas.

Ya en otro trabajo habíamos adelantado algunos aspectos (Cervera 2014); sin embargo, es necesario hacer un estudio mucho más profundo ya que en la mayoría de las fuentes, se narran batallas en las que constantemente solo se busca establecer el papel hispano con un claro interés de legitimar sus victorias.

Veremos a lo largo de un recorrido de escaramuzas y batallas estratégicas en qué nivel de operatividad como combatientes y finalmente en el apoyo logístico de atención a los heridos, alimentación de las tropas y repliegue, los indígenas fueron vitales para que Cortés y su gente logaran los objetivos.

El reclutamiento y número de efectivos

Se ha pensado desde hace muchos años que era solo un reducido número de hispanos los que militarmente lograron la derrota del Imperio mexicana, afortunadamente con las nuevas propuestas establecidas por diversos investigadores, entre los que destaca Matthew Restall (Restall, 2004), Michel Oudijk y Laura Matthew (Matthew y Oudijk, 2008), hoy sabemos que en realidad fue un nutrido número de efectivos indígenas los que hicieron realmente su propia campaña y posteriormente su alianza con los hispanos para derrocar a los mexicas de su hegemonía sobre Mesoamérica.

El proceso de alianzas y reclutamiento inicia desde el momento en que Cortés presenta batalla con los grupos indígenas de las costas o incluso antes, desde su salida del Caribe y llegando a la Isla de Cozumel (Cortés, 2015:15). Hipotéticamente en sus primeros enfrentamientos importantes como son Potonchán y Centla, los hispanos en teoría, no deberían contar para ese momento con un número importante de aliados, bajo la lógica de haber arribado a tierras mesoamericanas muy recientemente; sin embargo, cuando estudiamos las fuentes vemos que, desde Centla, Cortés ya habla de bajas indígenas al concluir la batalla. Evidentemente sumado a ello debemos hablar de los otros grupos étnicos presente en la campaña, lo que incluye gente del Caribe.

Por ende, intentaremos generar un promedio del posible número de efectivos registrado por el mismo Cortés durante su campaña, todo ello con el afán de entender cuál era el número total de indígenas con los que contaba Cortés a su llegada a Tenochtitlan. Para ello aplicaremos el modelo de la Probabilidad Militar Inherente que ya hemos trabajado en otros casos (Cervera, 2011:72).

No considero metodológicamente correcto que los estudiosos del tema se deslinden del análisis de número de efectivos simplemente argumentando que en las fuentes históricas, los cronistas simplemente cuando hablaban de miles o cientos lo hagan con un interés de exagerar y decir “que eran muchos”, por el contrario, considero necesario hacer un estudio de PMI para poder llegar a una conclusión mucho más pertinente y creíble, y no solamente arrojar números o datos a la ligera sin demostrar una metodología clara.

Ahora bien, conforme Cortés iba avanzando por tierras mesoamericanas de una u otra forma iba reclutando indígenas para su campaña, y no solo se trataba de los grandes señoríos o ciudades sino también de las pequeñas poblaciones que normalmente pasan desapercibidas en donde se iban entregando de forma voluntaria más aliados.

Como se dijo anteriormente, parte de la metodología que hemos empleado para tener un acercamiento al número de aliados indígenas que probablemente llegaron con Cortés a Tenochtitlan fue generar una base de datos del número de pobladores registrados en las diversas fuentes, mismo que se llegó a una contrastación de los datos y de ese modo aplicamos el modelo de PMI para tener un estimado.

El número aproximado de hispanos era de 400 a 500, y considerando los números que plantean algunos autores como Mathew Restall o Federico Navarrete³, se hablaría de un total de 40.000 a 80.000.⁴

Entre las poblaciones que las fuentes mencionan que a su paso pudieron obtener más aliados fueron: Cempoala, Istamestitan, Tlaxcala, Cholula, Cempoala, Amecameca, Xicalanco, Texcoco, entre otros.

Población	Número	Número total de población
Cerca de Cempoala	7 u 8 esclavas	
Cempoala ⁵	400	
Istamestitan ⁶	300	5.000 a 6.000
Tlaxcala ⁷	5.000 ⁸	
Tlaxcala, Guasucingo, Cholula y Cempoala	4.000	
Amecameca	400 esclavas	

Tabla 1. Análisis de PMI en las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés. Total: 10,108.

³ Para Matthew Restall se puede hablar de 200 indígenas por cada español (Restall, 2019: 266, 379-380), mientras que para Federico Navarrete se podría considerar un total 100 indígenas por cada español (Navarrete, 2019: 90). Al parecer Restall no presenta realmente una metodología clara para la generación de sus números.

⁴ De acuerdo con López de Gómara se contaban para la llegada a Tenochtitlan con 100.000 efectivos, que no está tan alejado de las cifras que plantea Federico Navarrete (López de Gómara, 2003: 289).

⁵ (Cortés, *Cartas de relación*: 46, 55).

⁶ Istamestitan de acuerdo a Cortés tenía 5.000 a 6.000 vecinos. (Cortés, 2015: 43).

⁷ (Cortés, 2015: 55).

⁸ Originalmente eran 100.000 y se fueron quedando sólo de 5.000 a 6.000 (Cortés, 2015: 52).

Población	Número de efectivos	Total de población
Cempoala	250/240	No Menciona
Iztacmaxtitlan	20	No Menciona
“Poblezuelo de Xalancigo” o Xalancigo	20	No Menciona
Tlaxcala	1.000	No Menciona
Cholula	1.000	No Menciona
Tamanalco, Chalco, Chimalhuacan, Amecameca, Acacingo	20	No Menciona

Tabla 2. Análisis de PMI en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva de la España* de Bernal Díaz del Castillo. Total: 2.300

Aclarando que, en poblaciones grandes como Tlaxcala, Cempoala, Cholula, Texcoco, entre otras, es necesario conocer el estimado total de sus poblaciones y considerar solamente el 10% de esa población como posibilidad de auxiliares entregados a Cortés, de manera que cuando en dichas poblaciones el número entregado a Cortés es sumamente alto y rebasa el PMI, debemos considerarlo inmediatamente como falso.

Bajo la contrastación de las fuentes y la sumatoria de todos los datos antes mencionados vemos que la mayoría de las fuentes consultadas brinda información muy dispersa y muy poco homogénea. Casos como Hernán nos arroja datos de cerca de 10.000 personas, número que Bernal Díaz no coincide en tanto que López de Gómara arroja en una sola cita el total de 100.000 personas.

Durante la batalla de Mixtón se llegaron a reunir cerca de 50.000 efectivos de aliados indígenas para enfrentar a las poblaciones del norte de México. (Medrano, 2014: 56)

Desconocemos cuál fue el proceso metodológico de Navarrete y Restall para proponer sus números. Pero no dejamos de pensar que resulta complicado, establecer el número cercano que acompañó finalmente a Cortés en el asedio a Tenochtitlan. Si a ello eliminamos todos aquellos que van falleciendo en el proceso, lisiados, impedidos, enfermos, entre otros.

La discusión y aplicación del PMI aplicado a ciudades como Tlaxcala, considerando que en realidad se trataba de cuatro señoríos más las poblaciones vecinas que podría apoyar con la aportación de efectivos, lo ponemos como ejemplo en términos de su discusión.

Ya en otro trabajo había establecido un tanto el tema del PMI para el caso de la batalla de Tecóac (Cervera, 2019a). Dice Cortés en una de sus citas que: "...porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tlascala y otros cuatrocientos de Cempoala", (Cortés, 2015: 55).

En referencia a los datos arqueológicos para definir especialmente la propuesta de población de la Tlaxcala del Posclásico Tardío, llamada la Cultura Tlaxcala por Ángel García Cook, quien nos confirma la presencia de 203 asentamientos humanos para ese momento, y proponiendo bajo las metodologías arqueológicas que el total de habitantes del área ocupada sería de 165.000 habitantes (García Cook, 1991: 329). En este sentido sí sería factible que Cortés obtuviera 5.000 aliados, ya que no rebasa en lo absoluto el 10% marcado para la PMI propuesta en las metodologías tradicionales.

A continuación, trataremos el tema del arsenal hispano y sus problemáticas de interpretación y de conocimiento.

El armamento hispano. Mitos y discusiones

Actualmente el conocimiento que tenemos acerca del armamento español durante la conquista ha presentado una serie de inconvenientes tipológicos en donde realmente existen muchas confusiones del tipo de armas que exactamente llevaban los europeos.

Ya hemos comentado que desde hace mucho tiempo se ha perpetuado la idea de que los hispanos estaban completamente pertrechados y armados con arsenales más propios del apogeo de la Edad Media y las caballerías completamente acorazadas.

Dicha perpetuación se puede apreciar en todo tipo de manifestación cultural vinculada a la conquista de México, lo que incluye series de televisión, películas, ilustraciones e incluso exposiciones académicas.

Hoy ha comenzado un proceso de matización de estas posiciones que está costando trabajo analizar y entender. La historiografía general sobre el armamento hispano de época de la conquista es realmente limitada, en ocasiones repetitiva y con interesantes contrastes. De los investigadores que han trabajado el tema se encuentran (Salas, 1950), (Bruhn, 1986), (Lameiras, 1994), (Lago, 2004), (Dueñas, 2015), entre otros, siendo realmente la historiografía muy reducida.

Las preguntas son: ¿cuál era el armamento que tipológicamente llevaban los hispanos en la conquista y de dónde fue obtenido? De principio no podemos argumentar que era la Corona española la que mandaba a sus tropas perfectamente pertrechadas, por el contrario, al tratarse de una suerte de campañas privadas, eran los mismos exploradores los encargados en invertir y suministrarse sus mismos equipos, o bien si el coordinador o líder de la empresa de exploración aportaba de su bolsillo, en este caso, Hernán Cortés.

Dentro de los documentos cartesianos publicados por José Luis Martínez en el documento bajo el nombre de: “Probanza hecha por Juan Ochoa de Lejalde, a nombre de Hernán Cortés, sobre quién hizo los gastos de la expedición a México”, se cita que:

“si saben etcétera, que para atraer gente, que viniese con él en la dicha armada, puso en poder de Juan Derves e de Antonio de Santa Clara, mercaderes que a sazón residían en la dicha ciudad, mil y doscientos e tantos pesos de oro, los cuales los susodichos repartieron e dieron por cédula del dicho señor capitán general Hernando Cortés a los compañeros que con él pasaron, para que comprasen lo que hubieron menester para dicho viaje....” (Martínez, 1990: 148).

En resumen, el equipamiento que los mismos hispanos ya cargaban se sumaría a lo que Cortés brindaría en las islas previo al viaje, por lo tanto, ello posiblemente significaría un equipamiento militar un tanto limitado, y no como en ocasiones se piensa que estuviera a cargo de la misma corona española.

En las fuentes españolas se narra todo tipo de armas que debemos ser cautelosos con lo que se informa en ellas. Las fuentes como el caso de la obra del padre Sahagún nos narra algunos ejemplos de equipamiento que los mexicas robaron a los hispanos durante la huía de Tenochtitlan:

“Tomaron muchas escopetas, y muchas espadas, y muchas alabardas, y muchos capacetes y coseletes, y cotas y muchas adargas y lanzas, y muchas rodelas” (Sahagún, 1997, lib. XII: 741).

Tratando de desglosar las características de este tipo de artefactos, podemos iniciar con las armas de asta. Considero que dos fueron las principales armas de asta que debieron llevar consigo los hispanos: lanzas y alabardas⁹, (Cervera, 2017a) de ellas la primera es la que mayoritariamente

⁹ La alabarda se conformaba de una moharra compuesta por una pica, lanza y hoja a manera de hacha que combinadas permitían ataques de infantería contra caballerías entre los

traían consigo ya que la alabarda no es del todo mencionada en las fuentes y su funcionalidad es discutible en los escenarios más mesoamericanos.

Algunos colegas han puesto en duda el uso de la alabarda en territorio mesoamericano. Mi opinión es que sí se podía conseguir una alabarda, considerando lo limitado del equipamiento que traían no podemos decir que no la aprovecharan. De la misma se tienen representaciones iconográficas en los documentos pictográficos como son el *Códice Azcatitlan* o el *Códice Florentino* en su libro XII. Así también la alabarda es mencionada en combate en diversos textos como son (Sahagún, 1997: lib. XII, 741), (López de Gómara, 2003:289). Con ello podemos argumentar que su presencia y mención en diversas fuentes de investigación muy distintas, confirman su uso en la conquista. Lo mejor evidentemente sería contar con ejemplar arqueológico de contexto controlado.

Cabe destacar que de estas armas astiladas, la lanza es la que jugó un papel preponderante en términos de las caballerías. Parte de los sistemas operativos de combate con dicho artefacto, ya que la alabarda no estaba diseñada para combatir a caballo, se manejaba bajo el sistema denominado de lanzas terciadas¹⁰, (Díaz del Castillo, 2015: 111) en la cual se llevaban a cabo las embestidas en contra del enemigo.

Normalmente este tipo de jinetes, heredados de la versión hispano morisca de finales de las Guerras de Granada peninsular, iban acompañados de rodela al estilo hispano o bien con adargas de cuero que permitían un tipo de maniobras mucho más dinámicas y ligeras de los jinetes.

Otra de las armas más emblemáticas del arsenal español durante la conquista es la espada. La espada es el arma que más problemas ha generado para establecer a ciencia cierta lo que llevarían los hispanos en la conquista.

Con lo hasta ahora avanzando podemos presentar lo siguiente. En torno al armamento ofensivo, es probablemente la espada, el tipo de artefacto con el cual se armó la mayoría de los españoles como lo afirma López de Gómara al decir: “aparte las espadas y puñales que cada uno llevaba...” (López de Gómara, 2003: 289).

En efecto es razonable pensar que la mayoría de los hispanos llevarían consigo, por lo menos una espada para su defensa, incluso al grado de contar con las suficientes para poder cuando era necesario armar a sus aliados indígenas. Tenemos noticia tanto en documentos pictográficos como en las fuentes escritas de cómo junto a Cortés, algunos de sus aliados tlaxcal-

oficiales en las guerras europeas.

¹⁰ En términos de la táctica llevar la lanza terciada significa sujetar el arma y apoyara en el brazo tendido en el cuerpo, puesto al sesgo o ladeado respecto del cuerpo humano (Borreguero, 2000: 329).

tecas van en ocasiones armados con espadas (*Códice Florentino*, Lib. XII), aunque evidentemente los indígenas preferían usar las armas que les eran más cercanas a sus formas de combate.

Regresando a la espada hispana, la tradición tipológica de espadas que los hispanos debieron traer era la que se venía dando, por lo menos de finales del siglo XV, como la mayoría de armas que probablemente traían, es decir, no necesariamente contaban con armas de vanguardia del momento, de mediados del siglo XVI. El concepto de espada bajo el contexto español que nos compete realmente representaba una serie de artefactos que bien podían tener diversos usos como son de tipo civil o militar (Nievas, 2012: 143).

Dentro de las tipologías que nos interesan planteadas por Nievas hacia finales del siglo XV se cuentan espadas largas, bastardas de mano y media, de las cuales es la denominada en las tipologías como son XIIª y XIIIª, con cerca de 90 cm de largo y lagunas otras de 76 cm de largo¹¹. Uno de los elementos más característicos de estas espadas son su guarda cruciforme que cabe resaltar, que independiente de las problemáticas iconográfica que implica el estudio de armas en los códices mesoamericanos, algunas de estas espadas aparecen representadas en versiones como el *Lienzo de Tlaxcala*.

La visión tradicional nos plantea la idea de que llevaban la “espada ropera” o de estoque con la cual se ha tratado de definir a este tipo de artefacto. Sin embargo, los especialistas en dicha materia plantean un problema realmente importante con respecto a lo que debemos llamar como espada ropera (Dueñas, 2004).

De los estudios más completos que existen sobre espadas españolas de época moderna, incluyendo siglos XV y XVI se encuentran los trabajos de Germán Dueñas, (Dueñas, 2004) y David Nievas (Nievas, 2012). En dichos trabajos se establecen algunas de las tipologías que muy probablemente debieron traer los hispanos del momento. Se reconocen en las tipologías entre espadas de a dos manos, mano y media y una mano. No debemos confundir necesariamente la idea de dos manos con el montante antes descrito.

Una de las espadas que más ha llamado la atención son los montantes con un largo de 150 a 180 cms. de largo y que al parecer sí se utilizaron en el momento de la conquista española y tuvieron funciones eminentemente militares (Nievas, 2012: 107).

¹¹ Se recomienda consultar la obra de Nievas para especificar la bibliografía y antecedentes tipológicos de clasificación de dichos objetos.

Este sería el grupo básico de las espadas largas, ya que en el ámbito popular es el tipo de espada que normalmente se asocia a los españoles en la conquista. Pocas veces se ha tomado en cuenta la posibilidad de uso de espadas cortas de menos de 80 cm de largo. Lamentablemente las fuentes escritas no dan posibilidad de tanto detalle, y los vestigios arqueológicos tampoco.

En ese sentido no podemos olvidar los ejemplares de hojas de espada recuperados en Zultepec, Tlaxcala, en pleno momento de la conquista a las cuales no se les han desarrollado algún tipo de análisis tipológico claro. Cabe destacar que solo se cuenta con las hojas y no se recuperaron parte de la guarda u otra sección de la espada¹².

En cuanto a las espadas de una mano, su evolución a lo largo del siglo XVI culminó con la espada llamada de punta y corte (Nievas, 2012: 150), que culminaría con la discutible espada ropera antes mencionada. Es muy importante mencionar que, si bien la hoja se agudiza para llegar a poseer cierto nivel de estoque en su funcionalidad, la guarda de una u otra forma se mantiene cruciforme, de manera que ponemos en tela de juicio el uso de espadas con garniciones muy abarrocadas como siempre se presenta a los hispanos¹³.

Los componentes defensivos, que son los que más han generado controversia en torno a las panoplias hispanas, debemos advertir inicialmente que la visión del “soldado” español acorazado está poco a poco siendo superada para realmente entender hasta donde iban realmente protegidos y que piezas defensivas son las que podían obtener dado el escenario económico comentado previamente.

En términos del armamento defensivo pasivo, algunas fuentes mencionan que: “*También llevan algunos, coseletes, corazas y cotas*” (López de Gómara, 2003: 289). El coselete realmente se componía de varias secciones, como son peto con espaldar, mánicas o guarda brazos, y escarcela que protegía parte de las piernas. Es complicado establecer cuántos hispanos realmente contaban con coseletes (definición de coselete) completos, siendo

¹² Recientemente fueron exhibidas a petición de quien esto suscribe y bajo el contexto de asesoría de la exposición *Chimalli*. Tesoros de Moctezuma en Chapultepec.

¹³ Es importante destacar lo siguiente. Existe un ejemplar ubicado en la Real Armería de Madrid que se ha dado en identificar como la espada de Hernán Cortés y catalogada bajo la siguiente nomenclatura. G45. Dicha espada tiene características muy elaboradas en su garnición como son: garnición compuesta de arquiños, guardamanos (Nievas, 2012: 153). En caso de estar bien sustentada la posibilidad de tratarse de la espada del conquistador, ello no representaría la generalidad de los efectivos de Cortés, ya que los otros hispanos llevarían una tipología mucho más sencilla cercana a las versiones antes mencionadas.

este tipo de prendas defensivas lo más cercano a lo que podríamos llamar una “armadura”, que la visión popular nos ha dejado.

Lo que sí podemos contar como posibilidad de uso son los petos simples con espaldar que bien podría haber traído algunos de los hispanos. A falta de ello podían haber protegido sus cuerpos con cotas de malla de las cuales se tienen incluso ejemplares arqueológicos, de los cuales no tenemos del todo noticia de su procedencia o de haber sido localizados en excavaciones controladas.

Los casos son el ejemplar expuesto en el Museo del Ejército en la calle de Betlemitas en la Ciudad de México y el ejemplar del Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec. Debemos recordar que el estudio de armamento mexicano en los museos mexicanos actualmente es muy precario (Cervera, 2019), por lo que será necesario contar con futuros trabajos de catalogación y estudio más profundo.

En referencia a los cascos defensivos, mucho se ha difundido del uso del capacete con cresta mejor conocido como morrión de cresta. En realidad, los cascos que debieron utilizar fueron los capacetes simples de tipo hispánico de finales del siglo XVI, ya que los capacetes con cresta son más tardíos, pues recordemos que uno de los criterios tipológicos para designar a estos cascos como más tardío es la protuberancia que sobresale cada vez más en los ejemplares de mediados del siglo XVI, llegando a su plenitud precisamente con el morrión de cresta para los ejércitos de los Tercios (De Esteban Marfil, 2017).

Dichos capacetes fueron también estilizándose cada vez más y transformándose en su calva más alargado hasta transformarse en una surte de pera, así denominados en su tipología.

No olvidemos que estos capacetes iban desde sus inicios en el siglo XIII acompañados con gorjales que permitían proteger el cuello. Es probable que algunos de los hispanos que llegaron a Mesoamérica, contaran como medida protectora los gorjales. Es el siglo XV la etapa de consolidación del capacete, sobre todo a mediados de dicha etapa, además de que autores como Esteban Marfil aseguran que era de uso común en los efectivos hispanos del momento, ya que no era un artefacto necesariamente tan caro para poderse costear (Esteban de Marfil, 2017: 145).

Para principios del siglo XVI, se aprecian cambios tenues en el capacete, destacando la presencia de una visera frontal y sobre todo de forma muy tenue, la presencia de una cresta que se remarcará notablemente ya a mediados del siglo XVI y que en efecto ya no correspondería a las fechas históricas que estamos tratando (Esteban de Marfil, 2017: 148).

Las características morfo-funcionales de fácil adaptación en escenarios muy diversos, hace del capacete el casco ideal para los efectivos ibéricos que llegaron a Mesoamérica. Tenían una adaptabilidad en las diversas unidades de combate cartesianas como son caballerías, infanterías y artilleros.

Los niveles altos de producción y distribución también benefician la hipótesis en procesos de generalización, de que era este el tipo de casco que muy seguramente traían los hispanos. Pero cabe aclarar que, al hablar de capacete, se tienen variedades y debemos destacar a que tipo específico de capacetes nos referimos.

Recalamos la idea de que no se trata del capacete de mediados del siglo XVI con una cresta protuberante conocido como Morrión de cresta, por el contrario, los capacetes que debimos encontrar en la conquista de México son más las versiones de finales del siglo XV, es decir, capacetes simples con la calva redondeada o capacetes con la calva alargada simulando una suerte de pera.

Respecto a las armas de largo alcance contaban con artillería, arcabuces y sobre todo ballestas. Era ésta última la que probablemente tuvo mayor protagonismo con respecto a los arcabuces. Los arcabuces al perder la pólvora se vuelven artefactos obsoletos, mientras tanto las ballestas al perder los viotes durante las batallas, tuvieron la posibilidad, ya durante el asedio a Tenochtitlan de contar con nuevos viotes que fueron manufacturados de manera improvisada y repartidos entre los ballesteros, de acuerdo a las fuentes (Díaz del Castillo, 2015:327).

Sumado a esta información de las fuentes relacionado con la manufactura improvisada de viotes de ballesta, nos llega el dato de la arqueología. Recordemos que de la batalla del Mixtón Angélica Medrano pudo recuperar 18 viotes de ballesta, de los cuales, 16 estaban fabricados con hierro, materia prima desconocida en Mesoamérica, pero hubo dos ejemplares que estaban fabricados de bronce, lo que me hace pensar que son precisamente los elaborados de manera improvisada previamente (Medrano, 2012: 124).

De las evidencias que tenemos del uso de este tipo de artefactos se cuentan diversas menciones a muchas fuentes, se cuentan con sus representaciones en los documentos pictográficos mesoamericanos e incluso tenemos ejemplares de viotes recuperados en contextos arqueológicos de la conquista, en este caso posteriores a la guerra en Tenochtitlan, particularmente en la batalla de Mixtón, ejemplares recuperados en el campo de batalla por la Dra. Angélica Medrano a los que también se suman algunos proyectiles para arcabuz (Medrano, 2012: 123-126).

En el presente trabajo he preferido darles una mayor atención a temas poco tratados o de importante discusión para comprender el papel de los indígenas en los campos de batalla de la conquista de México.

La naturaleza de la guerra mesoamericana

Durante años se han generado algunas posturas un tanto románticas y probablemente poco entendidas de cómo se llevaba a cabo la guerra en la Mesoamérica antigua, lo que, sumado, a algunos mitos muy arraigados, algunos de los cuales comienzan a ser superados. Hemos dado nuestra opinión en diversos trabajos para matizar en la medida de lo posible la visión solo simbólica de dichas guerras (Cervera, 2011, 2017b), considerando discutible la idea de que la guerra permitía alimentar al sol y que su principal justificación era el factor divino.

Otra de las posturas que ahora se ha considerado como una “regla” en las guerras mesoamericanas y que sigue perpetuándose y es de mi interés en este trabajo hacer un llamado a desarticular dicha idea con respecto a que la guerra mesoamericana se llevaba a cabo con ciertas “reglas” para poder desarrollarse.

Una de ellas es la propuesta publicada en 1988 por Ross Hassig vinculada a los ciclos agrícolas y que al parecer algunos investigadores la tomaron por cierta sin discutirla ni analizarla, y es que los conflictos armados se debían, “por regla mesoamericana”, llevar a cabo de acuerdo a los ciclos agrícolas y de lluvias bajo la idea de que: “*Since de armay was largley composed of commoners who were agriculturalist, the availavility of soliders was determinated by cultivations and harvest schedules...* (Hassig, 1988:53), es decir, en el fondo podría tener algo de lógica; sin embargo, como veremos a continuación más allá de reglas culturales o incluso con fines de tipo simbólico o económico, la realidad del conflicto armado, por ejemplo, en la época mexicana, no estaba sujeta bajo este supuesto¹⁴.

La lógica de la violencia mesoamericana ejercida a través de la guerra seguía más los patrones de cómo se fuera desarrollando las necesidades de acabar con ciertos enemigos, sofocar rebeliones, las cuales eran constantes lo que realmente implicaba vivir en un constante estado de guerra permanente, y no sujeto solo a tiempos de seca o lluvia, o siembras y cosechas.

¹⁴ Hassig argumenta que los tiempos de las principales campañas dependían de dos momentos: el ciclo agrícola y el ciclo de lluvias. Parte del sustento de Hassig para proponer esto se basa en algunos datos presentados por Enrique Florescano hacia 1969.

De esta manera el estado mexica se encontraba en un constante proceso de expansión en contra de las comunidades que no les brindaran el tributo solicitado, o bien bajo las constantes amenazas de rebeliones que debían ser sofocadas de inmediato. En resumen, todo aquello que para el estado mexica representara un peligro para sus intereses sería *casus belli*, o, por ende, sin importar si eran tiempos de cosecha o siembra, si era necesario se movilizaban las tropas para obtener los beneficios requeridos.

Desde los tiempos de Hassig y basado en los datos que en ese momento se tenía¹⁵, probablemente se subestimó la capacidad económica del imperio, bajo la necesidad de generar este tipo de dinámica en función del ciclo agrícola y lluvias, en el entendido que se trataban de agricultores armados como decía José Lameiras, por lo que se pensaba que las guerras, por lo menos las más importantes normalmente iniciaban entre abril y mayo (Hassig, 1988: 53).

Como bien dice Hassig, las provocaciones de guerra podían ocurrir en cualquier momento, argumentando desde una perspectiva de infraestructura económica que la actuación militar no siempre era inmediata, ya que dicha actuación dependía de ciclos de lluvias y agrícolas, y que no se podía perder la cosecha, propuesta para su momento lógica pero que desde mi opinión no se toman en cuenta otros factores. El problema radica en que dicha propuesta se ha tomado como “regla” de las guerras mesoamericanas por algunos autores.

¿Cómo explicar si realmente el Imperio mexica contaba siempre con los recursos necesarios para llevar dicho estado permanente de guerra? Mi opinión es que bajo un sistema económico¹⁶ bien desarrollado que permitía el constante apoyo de los aliados e incluso de las poblaciones sometidas que eran obligadas, a proporcionar los abastos necesarios para desarrollar las campañas militares cuando era necesario, aunado al sistema de paga de las tropas a partir de los botines de guerra y que no necesariamente debía estar sujeto a los ciclos agrícolas y lluvias (Durán, 2006, t.II, 156).

Hoy comenzamos a conocer los niveles de infraestructura económico-militar con el que contaban los mexicas para realmente hacer lo dicho. Recientes estudios nos confirman, por ejemplo, los talleres de plumaria que producían bajo diversos mecanismos una cantidad realmente abrumadora de

¹⁵ Basado en datos proporcionados en el consumo de maíz del México del siglo XVIII, propone estas ideas vinculadas a los tiempos de cosecha y consumo, sin tomar en cuenta que esa dinámica funcionaba en el siglo XVIII, pero no en tiempos del Imperio donde la obtención de maíz no era solamente de lo que se cultivaba en Tenochtitlan (Florescano, 1969: 93-95).

¹⁶ Está en proceso el conocer a profundidad la infraestructura económico-militar mexica en un proyecto académico registrado en la Universidad Anáhuac México y la UNAM.

este material para el uso del estado mexicana¹⁷ (Moreno, Riedler, Ruth, Filloy, 2019: 54-58).

Por ejemplo, cuando se llevaban a cabo los conflictos armados con Tepeaca, Moctezuma mandó que se hicieran los preparativos para la guerra lo que en la estrategia incluía que los pueblos aliados proveyeran de: “mucho maíz tostado y harina de maíz, para hacer puchas, y frijol molido, y que proveyesen de sal y chile y pepitas y de ollas y platos metates...” (Durán, 2006: t. II, 156).

Es decir, dentro de las estrategias y logísticas que el imperio utilizaba era que, en efecto, los pueblos aliados y conquistados se vieran obligados a pagar las campañas, en el entendido que se debía incluso sofocar una rebelión, no podías estar esperando a las temporadas de secas para llevar a cabo las acciones necesarias. En realidad, la economía mexicana no se veía en peligro ya que era todo un sistema bien organizado que permitía al estado mexicana estar, como ya se dijo previamente, en un estado permanente de guerra.

Cabe destacar que hacen falta estudios de conjunto en términos de dicha infraestructura económico-militar mexicana bajo todos los ángulos posibles, con el fin de evitar los determinantes tan simples de los tiempos de guerra mesoamericana y dejarlo solo a los tiempos de secas o lluvias a conflictos tan importantes, y en el entendido que la base de las guerras se encuentra precisamente en los factores económicos, se ha subestimado el poder económico mexicano en dicho sentido.

En el presente trabajo solo adelanto algunas de dichas ideas, ya que en futuros trabajos trataré de presentar las posturas más depuradas con el interés de no limitar los tiempos de guerra a los ciclos antes mencionados.

Sistemas híbridos de armamento

En otras publicaciones había advertido (Cervera, 2007) de la operatividad del armamento híbrido hispano-indígena. Por un lado, los efectivos españoles tuvieron la necesidad de adaptarse profundamente al escenario donde se libraban la campaña y por ende las batallas, es decir, si bien los poco hispanos que había iniciado la empresa de conquista con Cortés, traían sus propios arsenales, algunas de estas armas poco a poco en el proceso de su uso fueron siendo inoperantes, por lo que debieron ser sustituidos.

¹⁷ Para la manufactura de un solo escudo de plumas, las recientes investigaciones han determinado que se requería un total de veinticinco mil plumas (Moreno Guzmán, 2019).

El caso más famoso es el que se menciona donde los hispanos, supuestamente abandonaron sus corazas de metal para ser suplantadas por los petos de algodón indígena conocidos como *ichcahuipilli* (Bruhn Ada, 1986: 5).

Esta aseveración tan popularmente difundida tiene una pequeña discusión. En principio no olvidemos que los hispanos casi no traían armamento defensivo pasivo, es decir, cotas de malla, petos, corazas, y todo tipo de cascos. Si bien se tienen registros discutibles de ello y que están aún en análisis, no olvidemos que todos estos artefactos son de altos costos, por ello es que deshacerse de ellos no sería cosa fácil.

Yo más bien pensaría que aquellos que no tuvieron oportunidad de contar con un armamento defensivo pasivo y vieron en el *ichcahuipilli* un artefacto que bien o mal les podía salvar la vida en las batallas, fue entonces que portaron ese tipo de prendas, las cuales finalmente se podían encontrar en la región, pese a que igualmente implicaba un alto costo en los estándares mesoamericanos, la manufactura de estos objetos.

Por el contrario, también los indígenas integraron en su arsenal armamento hispano que fue robado, ya fuera por los mismos mexicas y reutilizados por los indígenas contra las tropas de Cortés (Cervera, 2007) o bien por los mismos aliados de los europeos, que fueron armados con algunos de los artefactos que traían los hispanos con posibilidad de repartir entre sus tropas.

Son varios los momentos en los cuales los hispanos tuvieron oportunidad de armarse para dicha empresa. Sabemos que los hispanos traían consigo armas personales que pudieron llevar, desde su origen hasta el Caribe, y luego hacia Tenochtitlan. De igual manera el mismo Cortés se encargó de adquirir cierto equipamiento en su estancia en Cuba y lo repartió entre su gente. Finalmente, el otro cargamento de armas con las que contaba Cortés como un adicional fue adquirido posterior a los conflictos bélicos con Pánfilo de Narváez, quienes se unieron a Cortés y por ende ello implicaba con todo y su equipamiento. Bernal Díaz nos dice de esta manera:

“Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narváez y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros...” (Díaz del Castillo, 2015: 245).

La operatividad de los aliados indígenas de Cortés en los campos de batalla

La operatividad bélica de los indígenas la vemos expresada desde el momento en que Cortés y su gente organizan su marcha a las diversas poblaciones. Es común que después de que Cortés fuera entendiendo la geopo-

lítica de lo que hoy llamamos Mesoamérica, y particularmente entendiendo quiénes eran aliados o enemigos de los mexicas, la avanzada¹⁸ de los efectivos hispanos eran indígenas, quienes conocían el terreno, las zonas hostiles y la geopolítica de la región. ¿Hasta dónde se llevaron acuerdos en común de tipo estratégico para que los indígenas cumplieran sus objetivos, no solo Cortés?

Un claro ejemplo lo tenemos desde que Cortés sale de Cempoala, ya que para ese momento ya cuenta con una cantidad de indígenas que le han sido proporcionados, incluso desde sus enfrentamientos con los mayas chontales en Tabasco. En efecto, debemos dejar de ver a los indígenas simplemente como aquellos pobladores que solo fueron “usados” por los españoles, en este caso para informar de lo que se podía esperar de la hostilidad de las poblaciones a ser visitadas por el contrario ya podemos hablar con todas sus letras de verdaderos efectivos con funciones operativamente militares.

No olvidemos que fueron los mismos cempoaltecas quienes le recomiendan a Cortés ir con los tlaxcaltecas pues:

“...cuatro naturales de los mensajeros de Cempoala que venían conmigo, que yo desde Catalmi había enviado a una provincia muy grande que se llama Tlascalteca, que me dijeron que estaba muy cerca de allí, como de verdad pareció; y me habían dicho que los naturales de esa provincia eran sus amigos de ellos y muy capitanes enemigos de Moctezuma...” (Cortés, 2015: 43).¹⁹

Si debemos hablar del ejército de Cortés, no es de un grupo de españoles, sino realmente de un ejército indígena que poco a poco iba conformándose. Por otro lado, aquellos que eran claramente enemigos de los mexicas y que veían en Cortés y su gente una oportunidad de liberarse del yugo mexica, creo pensar que estaban claramente bajo una idea de sentirse en efecto en una evidente declaración de guerra, pero no contra los españoles sino contra Tenochtitlan, es decir, para varios indígenas no era una empresa conquistadora española, era una declaración de guerra hacia el imperio mexica que poco a poco fue madurando.

En ese sentido los grupos de indígenas que eran sin duda los combatientes del que ahora debemos llamar el ejército indígena de Cortés, posible-

¹⁸ Tropa que se adelanta al grueso del ejército para observar de cerca al enemigo (Borreguero Beltrán, 2000: 40).

¹⁹ Bernal Díaz lo confirma, (Díaz del Castillo, 2015: 102).

mente asumieron muy bien su papel como guerreros y lo que ello implicaba, aunque Cortés los omitiera en sus relatos.

En efecto se omite mucho de su papel operativo, sobre todo en lo que se refiere a los planteamientos tácticos, en el número de efectivos perdidos y en el protagonismo lógico de haber participado en las victorias de los combates.

Desde la batalla de Centla en la cual se esperaría que el número de aliados indígenas fuera menor, ya que como sabemos acababan casi de arribar a tierras mesoamericanas, en el desarrollo mismo de la batalla, Bernal Díaz del Castillo es quien más ofrece detalles al respecto, pese a que no menciona el papel de los indígenas con quienes ya venían. Sin embargo, sabemos que ya tenían algunos aliados ya que al finalizar la batalla y contabilizar las bajas, se menciona que:

“..Y perdimos cinco indios y los dos de ellos capitanes, y como era tarde y hartos de pelear y no habíamos comido, nos volvimos al real²⁰, y luego enterramos dos soldados²¹ que iban heridos por la garganta y otros por el oído, y quemamos las heridas a los demás y los caballos con el unto²² de indio” (Díaz del Castillo Bernal, 2015: 56).

Para cuando llegan a Tlaxcala, el mismo Bernal menciona que ya llevaban una cantidad importante de indígenas, sumado a lo que ya habían “reclutado” desde Tabasco, Cempoala, Zocotlan, “y de otros pueblos por donde habíamos pasado”. El número de poblaciones que seguramente no se menciona y que se van a ir sumando a la empresa, y que del mismo modo podemos decir, es indígena-cristiano, es mucho mayor a lo que tradicionalmente se piensa, es decir, solo tlaxcaltecas.

Es sustancial decir que todos estos indígenas que se suman a dicha empresa, la cual realmente se vuelve su empresa, son todos los tributarios del imperio mexica, Bernal Díaz menciona que: “y todos solían dar tributo a Moctezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos” (Díaz del Castillo, 2015: 105).

Es interesante que en algunas poblaciones que se unían a dicha empresa, probablemente sentían el compromiso de aportar algo a la misma, a sabiendas de que el objetivo fuera proporcionar pocos guerreros y comba-

²⁰ Término para referirse a los campamentos.

²¹ Llama la atención que solo los soldados españoles tenían el derecho a ser enterrados a la manera evidentemente cristiana, no se menciona nada de los efectivos indígenas.

²² Aparece el papel de la medicina indígena para la curación de los heridos, sin ello los hispanos no hubieran logrado la empresa en cuestión, ya que este tipo de escenario se repetirá constantemente en muchas campañas.

tientes para la misma, y lo hacían “y ellos nos los dieron de buena voluntad”, en este caso se habla de veinte guerreros.

Se menciona que previo a las batallas en Tlaxcala, el ejército de Cortés encuentra una avanzada tlaxcalteca, en ese monto Cortés envía a un grupo de indígenas para capturarlos lo que finalmente se dificulta y no lo logra. Es decir, que normalmente los indígenas iban siempre en la vanguardia de las formaciones de marcha de Cortés. Llama la atención que el extremeño manda una avanzada de caballería para apoyar a los indígenas que enviaron para la captura de los espías.

Es decir, vemos que entre hispanos e indígenas existe una interesante coordinación operativa en los campos de batalla como nunca antes nos lo habían mencionado. Es importante decirlo ya que los niveles de comunicación para organizar las batallas partían directamente de lo que los indígenas querían informar con lo que Marina y los traductores decían a Cortés, es decir, los sistemas de comunicación tan sustanciales en una guerra tenían la gran barrera cultural y lingüística que como vemos, muchas veces fue superada para llevar a cabo operativos exitosos. Los guerreros indígenas mencionaron a Cortés que tenían los enemigos traían diversos grupos listos para llevar a cabo emboscadas²³.

Aunque queda claro que durante la batalla de Tecóac hubo participación indígena, no se menciona nada de ellos en fuentes como Bernal Díaz y mucho menos en el número de efectivos caídos (Cervera, 2019), pero en otros casos durante las batallas contra los tlaxcaltecas el mismo Cortés habla del número de efectivos empleado hablando claramente del papel de un número indeterminado de caballería, cien de infantería ²⁴ y “*cuatrocientos indios de los que traje de Cempoala y trescientos de Iztamestitan*” (Cortés, 2015: 46).

Con este ejército mixto hispano indígena, Cortés menciona que iba llevando a cabo la quema de poblados y haciéndose de diversos prisioneros. Ya había advertido en algunas publicaciones previas del uso de sistemas de armamento mixto, en el cual los mismos españoles armaban a sus “aliados” con las espadas que traían (Cervera, 2007).

Durante el asedio a Tenochtitlan, Bernal Díaz establece una serie de escuadrones compuestos por hispanos e indígenas tanto en unidades terrestres como anfibas. Las unidades terrestres avanzarían por las calzadas de la

²³ En las fuentes mencionan que: porque los amigos que traíamos nos dijeron que ciertamente traían gran copia de guerreros en celadas, es decir en términos militares celada hace referencia a las emboscadas.

²⁴ Mencionado por Cortés como cien peones, el concepto de peón hace referencia a la infantería.

siguiente manera: Como primer escuadrón se habla de que Pedro de Alvarado estaría como capitán de ciento cincuenta soldados de espada y rodela, treinta a caballo, dieciocho escopeteros y ballesteros y ocho mil tlaxcaltecas con sus capitanes, para atacar a la ciudad de Tacuba. Números similares de efectivos se reparten para el segundo escuadrón dirigido por Cristóbal de Olid.

El tercer escuadrón sería Gonzalo de Sandoval como el capitán de esta unidad, con veinticuatro de caballería, catorce escopeteros y ballesteros, y ciento cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y más de ocho mil indígenas, narrando que se trata de efectivos militares, procedentes de Chalco Huejotzinco y de otros pueblos que no se mencionan, todo ello bajo la idea de entrar por Iztapalapa. Por su parte Hernán Cortés sería el encargado de los doce bergantines que estarían provistos de las siguientes tropas: trescientos soldados como ballesteros y escopeteros. (Díaz del Castillo, 2015: 331-332).

En los planteamientos tácticos, por ejemplo, se habla nuevamente del trabajo en equipo que desarrollaron para avanzar por Tacuba hacia Tenochtitlan. Bernal Díaz menciona que: “Y el otro escuadrón nos había tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados, y los de a caballo con nuestros amigos los de Tlaxcala rompieron por los escuadrones que nos habían tomado las espaldas, y todos nosotros nos estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta hacerles retraer...” (Díaz del Castillo, 2015: 341).

Normalmente son los tlaxcaltecas a los que más se menciona como parte de los efectivos indígenas que están constantemente apoyando en los combates. Las batallas iban en el proceso del asedio de forma intermitente. Por las noches se descansaba y se llevaban a los heridos para ser curados y alimentados, otra labor fundamental que Cortés debió agradecer a los tlaxcaltecas ya que sin ellas no hubieran logrado lo antes mencionado.

Son reiteradas las veces que los conquistadores mencionan el apoyo sanitario de los indígenas. Bernal Narra durante el asedio a Tenochtitlan:

“... Y luego nos curábamos con aceite nuestra heridas, y apretarlas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, y yerbas y tunas quien lo tenía” (Díaz del Castillo, 2015: 343).

Un caso interesante es narrado también por Bernal Díaz, cuando un par de indígenas, posiblemente de altos mandos de las tropas aliadas, descubrieron una trampa que tenían preparados los mexicas. Al parecer se había preparado una emboscada con canoas para poder atacar uno de los berganti-

nes. Llama la atención que Cortés al enterrarse de lo dicho, prometió a ambos indígenas que les darían tierras al concluir el asedio a Tenochtitlan.

La estrategia y papel bélico de los indígenas en las empresas de conquista continuaron aun después de la caída de Tenochtitlan. Sabemos que incluso los mismos mexicas participaron en las guerras y batallas en el norte de México en contra de los caxcanes, guachichiles y zacatecos, evento registrado en las fuentes escritas y documentado por la arqueología de los campos de batalla (Medrano, 2014: 57-59). Hacia el sur las alianzas indígenas continuaron para conquista de otros territorios como fue el territorio de lo que hoy llamamos Guatemala, historia registrada en documentos como el *Lienzo de la conquista de Quauhquechollan* (Lienzo de Quauhquechollan, 2007).

En varias ocasiones durante el proceso de los combates y bajo el interés típicamente indígena de capturar prisioneros para el sacrificio, aclarando que no era solo está la forma de hacer la guerra indígena ya que innegablemente también existían constantes ataques con los niveles de letalidad propios de una guerra convencional, tanto Cortés como Bernal Díaz fueron rescatados por los mismos indígenas, de otra forma, la historia que contamos hubiera sido otro.

Consideraciones finales

Estamos tratando de dejar atrás la visión del papel servicial de los indígenas en manos de Hernán Cortés, como simples asistentes de una gran campaña de conquista. También comenzamos a matizar que la campaña hispana contra los mexicas fue apoyada de sus aliados indígenas y hoy comenzamos a comprender que muy probablemente, para los diversos indígenas quienes estaban oprimidos por las onerosas cargas tributarias del imperio mexica, realmente vieron en Cortés un aliado de sus propias campañas, es decir, que realmente los indígenas estaban organizando su propia campaña de “conquista” en contra del imperio mexica.

Para ello, como ya vimos era necesario cooperar y participar en todos los procesos operacionales necesarios para cumplir con el objetivo, derrocar al imperio mexica. Estas alianzas fructificaron hacia las guerras en el norte y el sur mesoamericano como en el territorio de la zona de Guatemala.

Vemos que en términos operacionales, en efecto los planteamientos tácticos y estrategias militares no fueron producto únicamente del llamado “genio militar de Cortés” sino en apoyo y en completo equipo operacional, logístico y estratégico del verdadero genio militar de la conquista, es decir,

los capitanes indígenas quienes conocían el territorio, las formas de combate de sus contemporáneos, las reglas militares del juego, los sistemas de armamento y las particularidades de la guerra mesoamericana, que como vimos, aún estamos por comprender. Todavía no podemos hablar de reglas en la guerra mesoamericana.

Parte de dicho apoyo militar incluyó el papel sanitario para curar las heridas, hacer retiradas estratégicas en lugares de descanso para dar continuidad a las batallas o simplemente avanzar hacia las siguientes campañas. Les dieron alimentos y cuidados. También les proporcionaban equipamiento militar como eran las prendas como el *ichachupilli*, sandalias y todo aquello que debía ser sustituido por el equipamiento que por diversos motivos no contaban, que estaba destruido, que complementaba equipos desarticulados como los arcabuces, faltos de pólvora o las ballestas que ya no contaban con virotes; equipo perdido o simplemente con el cual no contaban desde él desde el principio de la empresa.

Por ejemplo, el pensar que las armaduras fueron sustituidas por los petos de algodón cuando realmente, dicho peto era más fácil conseguirlo y usarlo si por diversos motivos, desde un principio no contabas con armamento pasivo defensivo en tus ajuares y debías conseguir uno en las nuevas tierras.

En ese sentido hago un llamado al gremio mesoamericanista de tener mucho cuidado al tratar de particularizar la guerra mesoamericana que al intentar “desoccidentalizarla”, podemos caer en errores epistemológicos, deshumanizar la guerra mesoamericana y pretender que los indígenas “todo lo veía de una forma muy diferente”. En el fondo seguimos tratando de entender un pueblo distinto al nuestro, pero que no deja de tener las mismas pasiones, emociones y propósitos que cualquier ser humano en el planeta, es decir, intereses económicos, políticos y de poder.

Al final los indígenas no recibieron el pago que se suponía tendrían de parte de los hispanos tras terminar las guerras de conquista, por lo menos terminado el conflicto con Tenochtitlan, y peor aún dieron continuidad a este sistema de ampliar las conquistas a otros territorios participando como efectivos militares de los hispanos en las contiendas futuras como ya se hizo patente líneas arriba.

En resumen, la llamada campaña de Hernán Cortés a tierras mesoamericanas poco a poco dio un giro para transformarse en las campañas que los mismos indígenas sentían suyas y al contrario veían a los hispanos como sus aliados y una oportunidad como nunca antes de salir del yugo mexica. Hoy podemos hablar de las campañas mesoamericanas de la conquista de México Tenochtitlan con el apoyo de sus aliados españoles.

BIBLIOGRAFÍA

- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Diccionario de historia militar*. Ariel Referencia, 2000.
- BURHN DE HOFFMEYER, Ada: “Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas”, en *Gladius*, nº17, CSIC, Polifemo, Madrid, 1986, 5-56.
- CERVERA OBREGÓN, Marco Antonio: “Los aliados de Cortés”, en *Desperta Ferro*, nº 12, *Historia Moderna*, 2014, pp. 40-45.
- : “La batalla de Tecóac, Tlaxcala y los enfrentamientos hispano otomíes, una visión desde la perspectiva de la historia militar”, en *Revista Chicomoztoc*, v. I, Universidad Autónoma de Zacatecas, nº 1, enero, Zacatecas, 2019a.
- : “Introducción al estudio del armamento histórico y arqueológico en México. Historiografía y estudios de caso”, en *Bicentenario. Revista de historia de América y Chile*, v. 18, n.1, Santiago, 2019b, pp. 9-23.
- : *El armamento entre los mexicas*. Anejos de *Gladius*, Polifemo, Madrid, 2007.
- (2011): *Guerreros aztecas*. Nowtilus.
- (2017a): “Alabardas, picas y lanzas: el uso de las armas de asta durante la conquista de México-Tenochtitlan”, en *Guerra y tecnología: interacción desde la Antigüedad al Presente*. México: Fundación Ramón Areces y Asociación Española de Historia Militar.
- (2017b): “Derecho en la guerra: el trato a los combatientes y no combatientes en los conflictos armados mexicas”, en *Revista Reflectio*. Revista de la Facultad de Humanidades Filosofía y Letras de la Universidad Anáhuac México, nº 9, enero junio, 2017, pp. 74-90.
- : “La batalla de Tecóac, Tlaxcala y los enfrentamientos hispano otomíes, una visión desde la perspectiva de la historia militar”, en *Revista Chicomoztoc*, v. I, Universidad Autónoma de Zacatecas, nº 1, enero, Zacatecas, 2019a.
- : “Introducción al estudio del armamento histórico y arqueológico en México. Historiografía y estudios de caso”, en *Bicentenario. Revista de historia de América y Chile*, v. 18, n.1, Santiago, 2019b, pp. 9-23.
- CORTÉS, Hernán: *Cartas de Relación*. Porrúa, México, 2015, pp. 165-176.
- DE ESTEBAN MARFIL, Bonifacio: “El capacete o el éxito del casco abierto con alas: su uso y pervivencia en la península ibérica entre los siglos XIV al XVI”, en *Guerra y tecnología, Interacciones desde la antigüedad*. Fundación Ramón Areces, Madrid, 2017, pp. 135-164.

- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Porrúa, México, 2015.
- DUEÑAS, German: “Introducción al estudio tipológico de las espadas españolas de los siglos XVI y XVII,” en *Gladius*. Polifemo, CSIC, Madrid, v. 24, 2004, pp. 209-260.
- DURÁN Fray Diego: *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra firme*. Porrúa, México, 2006.
- FLORESCANO, Enrique: *Precios del maíz y crisis agrícola en México (1708-1810)*, Colegio de México, 1969.
- GARCÍA COOK, Ángel: *Tlaxcala una historia comparada*, v. 3, Gobierno del estado de Tlaxcala, 1991.
- DUEÑAS BERAIZ, Germán: “El armamento de los conquistadores”. Itinerario de Hernán Cortés: *catálogo de la exposición, Centro de Exposiciones Arte Canal*, 3 diciembre 2014-3 mayo 2015 / coord. Por Martín Almagro Gorbea, Cristina Esteras Martín, 2015, pp. 113-117.
- HASSIG, Ross: *Aztec warfare imperial expansion and political control*. Oklahoma University Press, 1988.
- HOFFMEYER, Ada Bruhn de: “Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas”, en *Gladius*. Polifemo, CSIC, 1986, pp. 5-56.
- LAMEIRAS José: *El encuentro de la piedra y el acero*. Colegio de Michoacán, 1994.
- LAGO, José Ignacio: *Hernán Cortés, La conquista de México, 1519-1521*. Almena, 2004.
- LÓPEZ DE GÓMARA: *La conquista de México, Crónicas de América*. Edición de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2003.
- Lienzo de la conquista de Quauhquechollan*. Universidad Francisco Marroquín, 2007.
- MARTÍNEZ, José Luis: *Documentos cortesianos v. I, 1518-1528, secciones I a III*. Fondo de Cultura Económica, UNAM, México, 1990.
- MEDRANO, Angélica: *Arqueología del Conflicto. La guerra del Mixtón, 1541-1542, vista a través del Peñol de Nochtitlán*. Taberna Librería Editores, 2012.
- : “Campos de batalla en México: arqueología y patrimonio militar” en *Sobre campos de batalla. Arqueología de conflictos bélicos en América Latina*, Aspha Ediciones, 2014, pp. 49-75.
- MORENO GUZMÁN, María Olvido: Reneé Riedler, Melanie Ruth Korn, Laura Filloy Nadal, “Chimalli, escudos mexicas emplumados”, en *Arqueología Mexicana*, n° 159, Editorial Raíces, México, 2019, pp. 54-58.
- NAVARRETE LINARES, Federico: *¿Quién conquistó México?.* Debate, 2019.

- NIEVAS, David: *La esgrima y el mundo de la espada en la España moderna*. Tesis de maestría, Universidad de Granada, 2012.
- OUDIJK, M.R. y RESTALL, M.: *La conquista indígena de Mesoamérica, el caso de don Gonzalo Mazatzin Moctezuma*. Universidad de las Américas, Puebla, 2008.
- RESTALL, Matthew: *Los siete mitos de la conquista*. Paidós, 2004.
- SAHAGÚN, Fray Bernardino: *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Porrúa, México, 1997.
- SALAS, Alberto Mario: *Las armas de la conquista*. Emece, 1950.